

HOMILÍA EN LA SANTA MISA DEL II DOMINGO DE CUARESMA Y CELEBRACIÓN DE LO MINISTERIOS LAICALES A LOS SEMINARISTAS

S. I. A. Catedral de Cádiz, 25 de febrero de 2018

Gn 22, 1-2. 9a. 15-18; Sal 115, 10 y 15. 16-17. 18-19; Rom 8, 31b-34; Mc 9, 1-9.

Queridos hermanos:

Ilustrísimos Señores Rectores de ambos seminarios diocesanos, el Conciliar y el misionero Redemptoris Mater, seminaristas, que hoy celebráis este momento de una forma especial, con ilusión. Familiares de seminaristas y Pueblo Santo de Dios. En este día de Cuaresma vais a recibir estos ministerios laicales de Acolitado y Lectorado que son tan importantes para la vida de la Iglesia. A vosotros, además, se os conceden sabiendo que marcan un hito importante en vuestra historia de seguimiento de Cristo y de respuesta a la llamada de Dios. Esa respuesta que hicisteis al entrar en el seminario de manera ilusionada e incipiente ha exigido una respuesta diaria para progresar en el seguimiento de del Señor y sobre todo para asociaros y configuraros profundamente con Él. En este momento la Iglesia os concede este ministerio para ayudar y servir, algo que haréis durante toda vuestra vida después, a la Palabra de Dios, ante el Pueblo Santo que necesita escucharla y vivirla, especialmente en la catequesis y el servicio del altar de la Eucaristía. En torno del altar y la Eucaristía gira la vida cristiana, y cuanto más, la de un sacerdote, que no tiene otro lugar más importante que el de estar con el Señor para ofrecerlo a los demás, y que podamos adorarle, vivirle, alimentándonos de Él y haciendo de nuestra vida un sacrificio de amor.

La Cuaresma como itinerario de fe nos exige y nos invita especialmente a poner la mirada en el Señor de manera especial. Hemos escuchado este pasaje del Evangelio de la Transfiguración. Jesús sube con estos discípulos preferidos, Pedro, Santiago y Juan, a la cumbre del monte Tabor y allí se manifiesta, se transfigura, se muestra con la gloria y el poder de Dios. Ellos, también el evangelista, no saben cómo explicarlo del todo: resplandecían sus vestiduras, irradiaba la luz de la divinidad. Se presentan componentes propios de las teofanías de Dios, de su manifestación y cercanía con los hombres. Estamos frente a un fenómeno enormemente sobrenatural y excepcional: el cielo resplandece, Moisés y Elías, la ley y los profetas junto a Jesús, las palabras del Padre.

Si os dais cuenta, para iluminar este hecho la Iglesia sabiamente nos hace poner la mirada en otras expresiones de la Palabra de Dios, en otros momentos en los que Dios nos habla para que entendamos la realidad de Cristo. Nos habla principalmente de dos palabras referidas a la Pasión. La primera recuerda a Abraham, prototipo del amigo de Dios, que sigue las indicaciones del Señor de salir de su casa: sube al Monte Moria para ofrecer a Isaac, su primogénito, en sacrificio. Y precisamente nos hace ver la grandeza

de Dios, que pide que se le entregue lo más preciado de la propia vida. A nosotros nos cuesta entender que Dios pueda pedir el sacrificio de alguien, ni tampoco estamos familiarizados con este tipo de sacrificios, que eran propios en aquellos momentos de cultos vecinos. El hombre antiguo tenía una idea sobre lo que glorifica y se ofrece a Dios más claro que nosotros. El mismo sentido del sacrificio era algo que Dios santifica y que sirve para glorificar a Dios, lógicamente con un coste personal, pues el hombre entrega sus cosas, entrega su propia vida, su corazón. Abraham no duda de lo que Dios le pide y con una docilidad propia del hombre de entonces se acerca con su hijo para ofrecerlo en sacrificio. Dios no quiere el sacrificio de Isaac, como lo muestra la misma lectura. Dios ha puesto a prueba su capacidad de entrega, que no es tanto la entrega de su hijo, sino de su propio corazón, de su propia voluntad. Esta capacidad de darse y darlo todo al Señor es fuente de bendición, por eso el relato termina con la bendición sobre él, su casa y su descendencia, y la promesa de la tierra y de un gran pueblo, porque había sido amigo del Señor

De una forma parecida cuando San Pablo habla a los cristianos de Roma, escuchábamos en la Segunda Lectura, valora por encima de todo el amor de Dios. Cómo algo va a estar por encima si Dios no ha perdonado a su propio Hijo, sino que lo ha entregado por nosotros. Cómo no nos va a defender a nosotros, quién nos va a acusar, quién será capaz de juzgarnos cuando Jesucristo es nuestro defensor. Está diciendo profundas verdades cristianas, que Dios con un amor infinito ha entregado a su Hijo, y lo ha entregado definitivamente a la muerte por nosotros, y que el sacrificio tiene un sentido que a nosotros nos cuesta entender, pero que Dios lo comprende y entra en la propia dinámica de la vida humana, donde para ganar tenemos que perder, y para vivir tenemos que morir. Y Él entregando a su Hijo, nos da la clave, no solo de este amor infinito de Dios que lo da todo por nosotros, sino de su propio Hijo que dando la vida nos ofrece la salvación.

Realmente, cuando Cristo, que ha comenzado ya su camino a Jerusalén, que ha escuchado a Pedro rebelarse contra esta subida a la ciudad santa porque intuye y quiere evitar el dolor, la cruz, continúa en el camino, y en este momento se muestra glorioso. Se manifiesta en esta gloria que pertenece al Hijo para poder darnos a entender que por la cruz se llega a la resurrección y a la vida.

Como veis, nosotros, a pesar tener la cruz como signo que llevamos incluso encima, en nuestro cuello, nuestro Rosario, en el bolsillo, teniendo las claves de la vida cristiana y conociendo al Señor, nos sigue costando aceptar la cruz, nos rebelamos, no sabemos ser dóciles, hay algo dentro de nosotros que se resiste. La Cruz es la piedra de tropiezo donde se estrellan los hombres, antes que el evangelio: ¿Cómo creer en este Dios que permite el sufrimiento? Jesús no ha querido dar respuestas filosóficas sobre el valor del sacrificio. Sencillamente siendo Dios, porque siendo Dios se puede entender el valor de nuestro sacrificio unido al suyo, Jesús acepta la Cruz para llegar a la

Resurrección. Desde ese momento es compañero de camino nuestro que va por delante de nosotros enseñándonos a vivir, a sufrir, a morir, pero sobre todo a resucitar. Nos enseña, como tantas veces repetirá San Pablo, la centralidad del conocimiento de Cristo, que es, más que teoría, relación e identificación con su pasión, muerte y Resurrección para ser capaces de dar nosotros mismos la propia vida. De esta forma, Jesús deja claro a los apóstoles que va a dar la vida por nosotros, y la Transfiguración ilumina su muerte, y su resurrección, porque es el Hijo de Dios el que va a dar la vida por nosotros, y es Dios el que Resucitado nos lleva con Él a la gloria, y nos invita a escuchar la voz del Padre: “este es mi Hijo, el amado, escuchadle”.

Nuestra trayectoria en la vida ha de ser escucharle hasta empaparnos de sus sentimientos para vivir con Él, sufrir con Él, resucitar con Él y dar la vida con Él. “Este es mi Hijo, el amado, escuchadle”. No podemos vivir sin escuchar Palabra de Dios, sin hacerla nuestra y rumiarla, sin que cambie nuestra realidad. Transfiguración es en griego metamorfosis. En la carta a los Corintios se nos habla de que hemos sido transformados por la iluminación de la mente contemplando la gloria de Cristo: debemos transformar nuestra mente. En otro momento San Pablo en la Carta a los Romanos nos advierte de no caer en la mundanidad, en la mente mundana, sino que transformada la mente a la medida de Cristo debemos seguirle. La Transfiguración habla también de nuestra transformación en esta vida. Él, iluminando nuestra mente y nuestras obras, nos va transformando en hombres nuevos para que el mundo sea un mundo nuevo. Que llegue la luz de Cristo al mundo a través de la belleza de la vida cristiana.

Quiero recordar aquella novela que después se llevó al cine que se llamaba la ciudad de la alegría. Un periodista francés hace una larga entrevista y cuenta la vida de la Madre Teresa de Calcuta, viviendo en el lugar más pobre y abyecto donde las Hermanas de la Caridad cogen a los leprosos y a los moribundos para ayudarles a bien morir, darles consuelo, bautizarlos... Él presenta aquel entorno humanamente terrible transfigurado por la realidad del amor, está viendo allí plasmada en aquella casa la ciudad de la alegría. Cualquiera lo diría. No quedaría reflejado en la fotografía o reportaje de un periodista, pero sí en la retina de aquel que es capaz de ver y vivir la caridad que transforma nuestra existencia.

Queridos seminaristas. Esa Palabra de Dios para la que viviréis toda vuestra vida se os entrega ahora a vuestras manos para hacerla vuestra y predicarla al mundo pues sin ella no podemos vivir. Pero sobre todo se nos ofrece en la Liturgia, en el servicio del altar y en la Eucaristía, el misterio de esta muerte y resurrección en la que muriendo con Cristo resucitamos con Él y recibimos aquí la transformación de nuestra existencia y del mundo, pues se nos abren las puertas del cielo. Servid con pasión a Cristo haciendo de su Palabra vuestra mente, vuestro propio criterio y de su entrega en esta

vida, como servicio para la salvación de los demás, la trayectoria de vuestra existencia
vida. Amén.